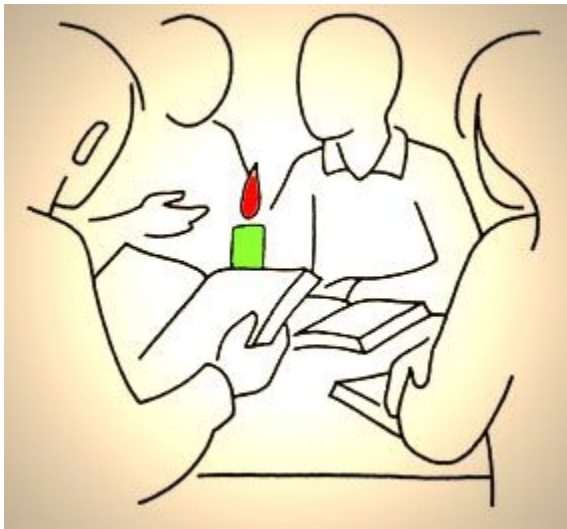


LECTURA ORANTE DEL EVANGELIO: LUCAS 17,11-19



Domingo XXVIII del tiempo ordinario

□ *Querría dar voces en alabanzas el alma, y está que no cabe en sí* □ *Aquí querría el alma que todos la vieses y entendiesen su gloria para alabanzas de Dios, y que la ayudasen a ella, y darles parte de su gozo, porque no puede tanto gozar* □ (Santa Teresa, Vida 16,3).

Vinieron a su encuentro diez leprosos. ¿Por qué nos brota a veces la necesidad de un encuentro con Jesús? ¿Cómo es posible que tanta autosuficiencia no haya apagado la esperanza de la vida? ¿Por qué en el fondo de nuestro corazón, muy en el fondo, nuestra puerta sigue abierta? La sed pone a la cierva en camino hacia la fuente. El cansancio de tantas idas y venidas busca el alivio del aire fresco. Desde la mentira y corrupción se oye un grito hacia la verdad y la transparencia. *Y Tú, Jesús, como un peregrino por mis caminos, esperas mi llamada.*

Jesús, maestro, ten compasión de nosotros. ¿Quién puede curar nuestras heridas?

¿Quién nos puede salvar? La lepra, símbolo de tantas cosas, nos aleja de la vida, nos esconde en la tristeza y en el abatimiento, pero Jesús siempre está cerca con su mano tendida, con su compasión manándole de dentro, con su música invitando a la humanidad a la danza. *Jesús, abres tu corazón y derramas tu misericordia entrañable sobre mí. Besas mi pequeñez, y yo me quedo sobrecogido/a.*

Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos, y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Al ir iban llorando llevando las semillas de la necesidad de curación, al volver vuelven cantando trayendo las gavillas del agradecimiento. ¿Cómo no vivir asombrados ante quien nos ha hecho tanto bien? Al descubrir a quien nos ama y libera, nos podemos en camino, con la humildad de quienes saben que ha sido el Señor quien lo ha hecho. La eucaristía es el encuentro gozoso de los hermanos y hermanas que vuelven a Dios con la memoria agradecida. *Señor, Dios mío, a ti grité y Tú me sanaste. Te daré gracias por siempre. En medio de la asamblea te alabaré.*

¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? La ingratitud es el pecado. ¿Cómo cultivar el arte de dar gracias? La fe, que acompaña siempre toda experiencia de salvación, abre los ojos de los ciegos para ver la gracia y recrea en nosotros constantemente el instinto del agradecimiento. Dar gracias es una de las grandes riquezas de nuestra fe. Con María, mujer del agradecimiento, podemos ser pilar de nueva humanidad. *Cura mi ingratitud, Señor Jesús. Espíritu Santo, despierta mi cítara dormida y enséñame la lengua de la alabanza. ¡Bendito y alabado seas, Padre, porque nos has bendecido con un derroche de amor!*

CIPE □ Octubre 2010



Cipepar

www.cipepar.org